
CARTA A LOS PADRES SOBRE LA VOCACIÓN

“Para los que aman a sus hijos y el futuro de la Iglesia”

Milán, 24 junio de 2002
*Fiesta de la Natividad de S. Juan
 Bautista*

Por la fiesta de San Carlos del año pasado he escrito una carta a los sacerdotes sobre el futuro de las vocaciones. Ahora, antes de concluir mi ministerio en Milán, quisiera decir una palabra sobre este tema también a todos los padres, pero ampliando lo más posible los horizontes en el marco de la vida de familia y en el ámbito de toda vocación cristiana. Os escribo esto en la fiesta de la Natividad de San Juan Bautista, que nos habla de la alegría de un padre y una madre por tener un hijo a quien Dios ha confiado una importante misión. Sobre estos temas he hablado ya a los padres en breves sugerencias en páginas de la carta de Navidad de los años precedentes y de nuevo ahora con discreción llamo a vuestra puerta.

¿Tendréis tiempo para leer también esta carta?

¿Tendréis un momento de calma para compartir esta preocupación mía y considerar mi propuesta?

¿Quién sabe cómo está vuestra jornada? Quizás tras horas de trabajo no fácil y no sin tensiones, habéis emprendido el viaje de vuelta a casa que ha sido más largo y exasperante de lo acostumbrado por un atasco, un retraso, por cualquier imprevisto; y para acabar puede ser que apenas habéis entrado en casa os hayáis cruzado con la mirada resentida de la hija adolescente a la que habéis negado un permiso y la inquietud del más pequeño con sus caprichos y la descorazonante tardanza en acabar sus deberes.

¡Y aun así me atrevo a molestaros! Debéis creer que lo que de verdad me mueve en este escrito es el afecto, la preocupación por vuestra familia, el deseo de mostraros una vez más mi cercanía y mi admiración por vuestra tarea educativa, tan fascinante y tan desgastadora a veces. Os escribo para compartir con vosotros una preocupa-

ción. Me parece entrever en muchos niños y jóvenes una turbación con respecto al futuro, como si jamás se le hubiese dicho a ninguno que su vida no es una casualidad ni un riesgo, sino una vocación.

En este momento, quisiera hablaros de la vocación de vuestros hijos e invitaros a abrir sus horizontes a la esperanza. En efecto vuestros hijos, a quienes tanto queréis, son amados aun antes de nacer por Dios Padre, y con amor infinito; por eso son llamados a la vida, a la felicidad que el Señor anuncia en su Evangelio. Puesto que el discurso sobre la vocación está para indicar el camino que lleva a la alegría, porque éste es el proyecto de Dios sobre cada uno: que sea feliz.

No debéis, pues, temer: el Señor llama sólo para hacernos felices. He aquí por qué me atrevo a molestaros. Me importa vuestra felicidad y la de vuestros hijos. Y por esto se hacen presentes en mi corazón todas las elecciones de vida posibles: el matrimonio y la vida consagrada, la dedicación al ministerio como sacerdote o como diácono, la asunción de la profesión como una misión... Todas pueden ser un modo de vivir la vocación cristiana si están motivadas por el amor y no por el egoísmo, si conllevan una dedicación definitiva, si el criterio y estilo de la vida cotidiana es el del Evangelio.

Os escribo, pues, para deciros cual es el tipo de afecto con el que estoy cercano a vosotros y comparto vuestra preocupación para que la vida de

vuestros hijos a los que tanto amáis no discurra por malos caminos.

La familia es una vocación

La primera vocación de la que quiero hablaros es la vuestra, esa de ser marido y mujer, papá y mamá.

Por eso mi primera palabra es para invitaros a que cuidéis vuestro quereros bien como marido y mujer: entre tantas cosas urgentes, en medio de tantas solicitudes que os asedian, me parece que es necesario guardar algún tiempo, acotar algún espacio, programar algún momento que sea como un rito para celebrar el amor que os une.

La inercia de la vida con sus frenesís y sus aburrimientos, el desgaste de la convivencia, el hecho de que antes o después cada uno sea una desilusión para el otro cuando emergen y se entumescen defectos y maldades, todo esto acaba por hacer olvidar la bendición del quererse bien, del vivir unidos, del traer hijos al mundo e introducirlos en la vida.

El amor que os ha persuadido al matrimonio no se reduce a la emoción de un momento especialmente eufórico, no es sólo una atracción que el tiempo consume. El amor esponsal es vuestra vocación: en vuestro quereros bien podéis reconocer la llamada del Señor. El matrimonio no es sólo la decisión de un hombre y de una mujer: es la gracia que atrae a dos personas maduras, conscientes, gozosas, a dar una orientación definitiva a la propia libertad. El cambio de dos personas que se aman revela algo del

misterio de Dios. Querría por lo tanto invitaros a custodiar la belleza de vuestro amor y a perseverar en vuestra vocación: de ahí deriva toda una concepción de la vida que anima a la fidelidad mutua de soportar las pruebas, las desilusiones, ayuda a pasar las eventuales crisis sin convertirlas en irremediables. Quien vive su matrimonio como una vocación profesa su fe: no se trata sólo de relaciones humanas que pueden ser motivo de felicidad o de tormento, se trata de atravesar los días con la certeza de la presencia del Señor, con la humilde paciencia de tomar cada día la propia cruz, con la decisión de poder hacer frente, por gracia de Dios, a la responsabilidad.

No siempre los compromisos profesionales, los deberes de familia, las condiciones de salud, el contexto en el que vivís, ayudan a ver con lucidez la belleza y la grandeza de vuestra vocación. Es necesario reaccionar ante la inercia inducida en la vida cotidiana e intentar con tenacidad también momentos de libertad, de serenidad, de oración.

Os invito por tanto a orar juntos, ya esta tarde, y después mañana y siempre: una oración sencilla para dar gracias al Señor, para pedir su bendición para vosotros, y vuestros hijos, y vuestros amigos, vuestra comunidad: algún Ave María por todas aquellas esperanzas y aquellas penas que quizás ni siquiera os atrevéis a manifestar entre vosotros.

Os invito a poner cuidado en algunas fechas, a distinguirlas con un

signo especial, como puede ser una visita a un santuario, una Misa aun en día ferial, una carta para decir aquellas palabras que enronquecen la voz: la fecha de vuestro matrimonio, la del bautismo de vuestros hijos, la de algún luto familiar, sólo por dar algún ejemplo.

Os invito a encontrar tiempo para hablar entre vosotros con sencillez, sin transformar cada punto de vista en un puntillo, cada divergencia en un litigio: un tiempo para hablar, intercambiar ideas, reconocer los errores y pedir excusas, regocijarnos por el bien cumplido, un tiempo para hablar paseando tranquilamente el domingo por la tarde, sin prisa. Y os invito a estar por algún tiempo a solas, cada uno por su cuenta: un momento de distancia puede ayudar a estar unidos mejor y más libremente.

Os invito a tener confianza en la incidencia de vuestra obra educativa: demasiados padres están desanimados por la impresión de que hay cierta impermeabilidad en sus hijos, que son capaces de pretender mucho, pero resultan refractarios a cualquier interferencia en sus amistades, en su horario, en su mundo.

Vuestra vocación a educar está bendecida por Dios: por eso transformad vuestras aprensiones en plegaria, meditación, confrontación sosegada. Educar es como sembrar: el fruto no está garantizado ni es inmediato, pero si no se siembra es seguro que no habrá cosecha. Educar es una gracia que el Señor os hace: acogedla con gratitud y sentido de responsabilidad.

A veces requerirá paciencia y amable condescendencia, otras, firmeza y decisión, otras, en una familia, llegará incluso a pelearse e ir a la cama sin despedirse: pero no perdáis el ánimo, nada hay sin remedio para quien se deja conducir por el Espíritu de Dios.

Y confiad a menudo vuestros hijos a la protección de María, no dejéis de rezar una decena del rosario por cada uno de ellos: tened confianza y no perdáis la estima ni de vosotros mismos ni de vuestros hijos. Educar es convertirse en colaboradores de Dios por lo que cada uno realiza su vocación.

La educación colaboración a la alegría de los hijos

La alegría que deseáis para vosotros y para vuestros hijos es un misterioso don de Dios: llega a nosotros como la luz amiga de las estrellas, como una música alegre, como la sonrisa de un rostro querido. La colaboración que los padres pueden ofrecer a la felicidad de sus hijos es la educación cristiana. La educación no es un mecanismo que condiciona, sino el acompañamiento de una recién estrenada libertad para que, voluntariamente, llegue a su plenitud en el amor. Educar es pues un servicio humilde, que puede conocer el desastre; no obstante es también una empresa formidable de la que un hombre y una mujer pueden gozar con una intensidad inexpresable.

La educación cristiana es el paciente y tenaz trabajo que prepara el terreno al don de la alegría de Dios. En efecto la luz de las estrellas no se ve si el resplandor excesivo de las lumina-

rias esconde la noche, la música alegre no envuelve en el consuelo cuando el estruendo del rumor es ensordecedor y no se tienen tiempo para un rostro amigo en la excitación de una muchedumbre en delirio. Para preparar a la alegría es pues necesario una purificación que no se realiza sin fatiga.

Quiero aludir al menos a algunas de las purificaciones que hoy me parecen particularmente necesarias.

La purificación de los afectos significa introducir en la alegría que es desconocida a quien imagina las relaciones entre el hombre y la mujer como un camino para reducir al otro a un instrumento para la propia gratificación y seguridad: en ese caso los afectos degeneran en pasiones, posesividad, sensualidad.

El espíritu de servicio y la disposición al sacrificio introducen en la alegría que se goza al ver contentos a los otros, las iniciativas funcionan bien, la comunidad ordenada y vivaz. Es una alegría desconocida para los que se aparcan en la inconclusión. Como me oprime el corazón considerar el derroche de tiempo, de recursos nuevos y fascinantes, de inteligencia y dinero que veo perecen en tantas relaciones de nuestros jóvenes. ¡Qué urgente es reaccionar a la inercia y a la desgana para edificar una vida gozosa!

La purificación del temor al futuro es urgente para introducir en la alegría de lo definitivo. Una vida se plenifica cuando se define mediante una dedicación: la elección definitiva debe ser deseada como el camino de la paz, como el ingreso en la edad

adulta y en su responsabilidad. Benditos sean aquellos padres que con la fidelidad de su querer bien enseñan que lo definitivo es una gracia y no un peligro que temer, ni una limitación de la libertad que hay que retardar lo más posible. Es en cambio peligrosa y fuente de inquietud la precariedad, la provisionalidad, el extravío ya que todas ellas dejan al joven aparcado en el margen de la vida, inseguro en su identidad, asustado ante su futuro.

Educar en la pertenencia a la Iglesia

Vosotros padres sentís la responsabilidad de proveer a la felicidad de vuestros hijos: estáis dispuestos a conceder mucho, a veces incluso demasiado “a condición de que él esté contento”.

Esto se convierte en motivo de ansiedad, de sentido de culpa, de exasperación cuando no se logra obtener de los hijos que asuman, compartan vuestras indicaciones, cuando resultan impracticables las propuestas que tan obvias parecen a los sacerdotes, a los educadores, a los expertos que escriben sus diarios. A mí me parece que es más cuerdo considerar que los padres no son culpables de todos los errores y de la infelicidad de los hijos, de la escualidez de ciertos grupos de jóvenes estropeados en la pereza y la trasgresión. Es excesivo que un padre y una madre se sientan culpables de todo: es más prudente y serenante compartir la responsabilidad en el interior de una comunidad.

Cuando os habéis acercado a la Iglesia con vuestro hijo para pedir el bautismo, habéis declarado vuestra fe en el Padre que está en el cielo y vuestra decisión de que el hijo crezca en la comunidad cristiana.

Me parece una consecuencia coherente que la elección de pedir el bautismo para los propios hijos sea una obra educativa que se preocupe de insertar en una comunidad, de promover la participación, de introducir en los niños y en los jóvenes un sentido de pertenencia a la comunidad en la que se educa en la fe, en la plegaria, en la demanda de sentido de futuro. Una familia que se aísla, que defiende la propia tranquilidad sustrayéndose a los encuentros comunitarios resulta al fin más frágil y abre la puerta a toda clase de nomadismo de los jóvenes que van de aquí para allá ensayando muchas experiencias, aunque contradictorias, sin nutrirse con ningún alimento sólido.

Insertarse en una comunidad puede ocasionar alguna fatiga y no ahorra algunas humillaciones: pienso en las familias que han cambiado de casa y se sienten perdidos en el nuevo barrio, pienso en aquellas que han sufrido alguna incomprensión, pienso en aquellas apasionadas por andar en otra parte para ver gente, por practicar el deporte, por respirar algo de aire limpio. Aquí está: llega el tiempo de establecer prioridades. El futuro de vuestros hijos tiene necesidad de elecciones que aclaren qué es lo más importante.

Dejar como irrenunciable la participación en la Misa dominical intro-

duce en una mentalidad de fe cristiana que subraya que sin el Señor no se puede hacer nada bueno.

Por eso la frecuencia de la Misa dominical en vuestra parroquia, la participación en la fiesta de la comunidad, la asunción de alguna responsabilidad, la preocupación porque los hijos frecuenten la capilla, la catequesis, los compromisos y las iniciativas de los jóvenes de la parroquia son un modo de favorecer este sentido de pertenencia que da estabilidad y conduce a un progresivo hacerse cargo de la comunidad que puede madurar incluso en una vocación a su servicio.

Estima por los sacerdotes y aprecio por su forma de vida

A veces tengo la sensación de percibir de los padres cierto miedo, cierta aprensión ante la sospecha de que un hijo pueda orientarse al ministerio sacerdotal. También los padres de los seminaristas me hacen intuir su inquietud, como si me preguntasen: “¿Pero qué vida le espera a mi hijo, si es sacerdote? ¿Será feliz? ¿estará solo?

Me gustaría responde que la vida del sacerdote, de hoy y de mañana, como la de ayer, es una vida cristiana: por eso quien quiere ser un buen sacerdote llevará su cruz cada día, como hacéis vosotros, en una dedicación que no siempre será gratificada por reconocimiento y los resultados, en un ejercicio de responsabilidad que encontrará también la crítica y la incompreensión, en una especie de compromiso y de presteza que será a veces desgastadora. Todavía no se

considera bastante –me parece– lo que convierte en bella la vida de un sacerdote, bella y alegre en un modo único.

En efecto, el sacerdote en todo vive de relaciones: dedica su tiempo a las personas. No se preocupa de las cosas, papeles, sueldos, si no es secundariamente. Pasa su tiempo encontrándose con gente: niños y ancianos, jóvenes y adultos, enfermos y sanos, algunos lo quieren bien y le ayudan y otros lo critican, escarnecen, persiguen. Es una experiencia humana extraordinaria. Y encuentra a las personas no para venderles cosa alguna, no para sacar ventaja alguna, no por curiosidad, no como se encuentra uno con un cliente, sino para preocuparse de su vida, de su vocación a la felicidad, de su ser hijo de Dios. A menudo las personas abren su corazón al sacerdote, confiándose de una manera sin igual en las relaciones humanas y en esta confidencia llega como sembrada la Palabra que expresa la verdad, que abre a la esperanza eterna, que cura con el perdón.

El sacerdote vive una libertad extraordinaria: se ha entregado a sí mismo a la Iglesia y por eso, si es coherente con su vocación, no tiene miedo al futuro, no se apega a las cosas, no se preocupa por enriquecerse. Se ha entregado por obediencia al Obispo y precisamente en el ejercitar esta obediencia vive una gran libertad, dispone de su tiempo para servir, dispone de sus cualidades personales para ayudar a su comunidad. El sacerdote celebra los misterios de la salvación por sí mismo y por la gente: obras de sus manos no son productos precarios,

fortunas expuestas a la incierta suerte de las cosas humanas. Celebrando los santos misterios, ofrece a la gente la gracia de entrar en la vida eterna, la comunión con Jesús. Por más que su palabra puede ser desatendida, por más que pueda resultar reducido el número de aquellos que buscan el don ofrecido, el sacerdote vive la certeza de que el Reino de Dios está cerca, como la semilla muere para producir mucho fruto. El sacerdote, al final de su vida, volviendo la vista atrás, podrá sentir arrepentimiento de sus miserias y entristecerse de su imperfecta respuesta a la misión recibida, pero no le faltará el consuelo incomparable de haber ofrecido a los hombres el pan de la vida eterna y el abrazo de perdón de Dios.

Creo oportuno recordar lo que convierte en grande y bella la vida del sacerdote, porque los énfasis sobre las fatigas, el subrayado sobre las dificultades no oscurece esta forma espléndida de vida cristiana.

Pienso que un padre y una madre pueden comprender, más allá de los lugares comunes y las reacciones emotivas, qué extraordinaria gracia es el don del sacerdocio y pueden por eso alegrarse si uno de sus hijos siente atracción por este camino: os aseguro que no les faltará la alegría, si es un buen sacerdote.

En todo caso hablar mal de los sacerdotes y señalarlos como responsables de todo cuanto no va en la comunidad cristiana no puede ciertamente ayudar a mejorar las cosas y mucho menos animar a un joven a lanzarse hacia adelante para asumir un

ministerio tan necesario para la Iglesia y tan bello para los que lo viven bien.

La oración por las vocaciones al ministerio

La belleza cristiana de la vida de un buen sacerdote y la gracia extraordinaria que representa un sacerdote santo por una comunidad deben sugerir a todos el rogar porque en nuestra comunidad no falten los sacerdotes. La oración por las vocaciones al ministerio sacerdotal debe ser compartida por toda la comunidad.

También a vosotros os invito a orar en familia y a sugerir también a vuestros hijos esta intención de plegaria, en obediencia a la palabra del Señor: “rogad al dueño de la mies que envíe operarios a su mies” (Lc 10, 2).

Como he escrito a los sacerdotes con ocasión de la fiesta de san Carlos, esta oración no es una especie de delegación (dejación) al Señor para que haga aquello que a nosotros no nos sale: es más bien un abandonarse inteligente y libre a la guía del Espíritu que se convierte en disponibilidad para llevar a cabo la obra de Dios. Por eso la oración por las vocaciones debería ser más intensamente practicada por parte de aquellos que se encuentran en la edad y en las condiciones de elección de su estado de vida. Quisiera que cada adolescente o joven comprendiese que la verdad de la oración por las vocaciones se alcanza cuando en el fondo resuena una plegaria como la de Isafas: “Señor, si quieres, mándame a mí!” (Isafas, 6, 8).

Os invito a orar así:

Dios, Padre omnipotente,
Te rogamos que mandes operarios del Evangelio
a nuestra santa Iglesia Ambrosiana
en la que has obrado durante siglos tus maravillas.
Te rogamos, nosotros, por intercesión de tus santos obispos
Ambrosio y Carlos,
del beato cardenal Ferraro y del beato cardenal Schuster,
Te rogamos por intercesión de María,
Nuestra Señora que desde lo alto de la catedral ruega por nuestra Iglesia.
Te pedimos por nuestra comunidad:
sean pobladas de personas ricas de fe, prontas al servicio,
inclinados al reconocimiento para todos aquellos
que se dedican al sagrado ministerio.
Te rogamos que infundas en nuestros jóvenes tu Santo Espíritu,
para que sean llevados a la contemplación de Jesús y a su seguimiento,
puedan experimentar la alegría de una libertad
que se convierte en regalo, obediencia,
Preocupación por la fe de los hermanos.
Te rogamos que infundas en todos nosotros tu Santo Espíritu,
para que seamos fuertes e inteligentes
en la lucha contra las tentaciones de nuestro tiempo
y seamos perseverantes en el bien
para llevar a su realización nuestra vocación
y unirlos a la alegría eterna y perfecta
que tú preparas para tus hijos amados.

† *Carlo Maria Card. Martini*